

DESAFIO A LA TEORIA DE LAS PROBABILIDADES

Roberto Benavente Mercado
Contraalmirante

Sábado 21 de mayo, a fines de la década de los años cuarenta. El curso de Guardiamarinas —carente de buque-escuela desde febrero de 1945, cuando se incendió la hermosa fragata *Lautaro*— se había dividido en dos grupos para viajar al extranjero a bordo de los antiguos petroleros *Maipo* y *Rancagua*.

La recalada del *Maipo* a San Diego, California, era ansiosamente esperada por los jóvenes Oficiales que viajábamos a Estados Unidos de América por primera vez. Al entrar al puerto pudimos observar cientos de buques de guerra en servicio y en la reserva, ya que la Segunda Guerra Mundial había terminado sólo en 1945.

Pero lo más impactante fue comprobar que, al recalar el *Maipo*, la gran flota americana lucía empavesado completo. Bueno, para nosotros eso se explicaba por el hecho de celebrarse ese día el aniversario de nuestra Armada, aunque no dejaba de llamarnos la atención tan delicado gesto. ¡Qué honor para la Armada de Chile!

—Bueno —dijo uno de los Guardiamarinas, que se creía muy entendido en la materia— los marinos de todo el mundo son siempre muy meticulosos en el cumplimiento de las normas que establecen el protocolo y el ceremonial marítimo...

Ya en tierra tuve la oportunidad de comentar muy favorablemente esta situación con un Oficial estadounidense y no me quedó sino fruncir el ceño cuando me impuse que los buques de esa nacionalidad desplegaran todas sus banderas al viento porque se celebraba el Día de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos de América, fecha variable que se conmemora tradicionalmente el tercer sábado de mayo. Precisamente, ese día...

Las visitas profesionales fueron interesantísimas y las actividades sociales nos hicieron olvidar un poco los cálculos de navegación y el cuaderno de memorias...

De San Diego nos fuimos a San Pedro, donde el buque debía recibir un cargamento de petróleo. La recepción social fue en el Club de Oficiales de la Base Naval, donde tuve la suerte de conocer una hermosa trigueña de ojos verdes, quien cantaba y bailaba con entusiasmo la melodía que hacía honor al color de sus ojos y que en aquella época estaba muy en boga: "Aquellos ojos verdes, serenos como el agua..." La chica resultó ser la hija del comandante de dicha base y no sin temor la invité a salir al día siguiente, cuando se presentaban las "Ice Follies", nada menos que en el famoso Hollywood Bowl.

El programa se cumplía perfectamente y el "show" era realmente sensacional. Sin embargo, mi estado de ánimo fue decayendo gradualmente al observar que mis recursos financieros se estaban agotando aceleradamente como consecuencia de un espectáculo muy largo y con muchos intermedios, durante los cuales mi amable compañera "no perdía corrida" para beber café, tomar helados, comer chocolates, "pop-corn", etc., gastos menores que por supuesto yo atendía solícitamente,

* Sección que presenta al lector cortos textos literarios de clara ambientación marina. Pueden provenir de colaboraciones originales e inéditas, remitidas especialmente, o ser reproducidas de textos aparecidos anteriormente en *Revista de Marina*, o bien extractos de obras ya publicadas que han devenido en verdaderos clásicos en su género.

pensando que el regreso a la base naval lo haríamos en algún bus, como suele suceder en todos los países del mundo, excepto en Hollywood —en aquella época al menos— cuando después de las 10 de la noche sólo queda el recurso de los carísimos taxis.

Cuando las circunstancias me obligaron a confesar —con bastante vergüenza— que no disponía de recursos suficientes para regresar en un vehículo de alquiler, mi compañera no se inmutó. Con toda franqueza me dijo que ella tampoco tenía dinero, pero que eso no era problema pues le pediría por teléfono a su padre —que estaba invitado a comer por el Agregado Naval de Chile en un lujoso hotel de la capital del cine— que nos fuera a buscar, lo que efectivamente sucedió cerca de la medianoche.

El asunto —que me mortificaba seriamente— no tuvo la menor trascendencia y el comandante lo comprendió perfectamente. Después de dejar a su hija en su casa me llevó a bordo del *Maipo* y además se disculpó conmigo por no haberla prevenido de que situaciones como ésta se presentan con relativa frecuencia cuando el invitante sólo ostenta el grado de Guardiamarina.

Pocos días después, cuando el petrolero retribuyó atenciones con una sencilla recepción a bordo, faltó espacio en las cámaras para dar cabida a los chilenos residentes y amigos estadounidenses que habíamos conocido en nuestra breve visita; por supuesto, no faltó el comandante y su hermosa hija de ojos verdes.

* * *

Newport, Rhode Island, Estados Unidos, diciembre de 1968. Pese al intenso frío invernal, los alumnos del Naval War College nos reuníamos todos los miércoles para la competencia tradicional de “bowling” entre centenares de jefes y alumnos de las Fuerzas Armadas y civiles de alto rango de la administración del Estado.

Me correspondió, por sorteo, jugar esa noche con un Coronel de la Fuerza Aérea de dicho país, a quien veía por primera vez. Después de las presentaciones de rigor —y ya iniciado el juego— inquirió sobre mi nacionalidad. Le expliqué que era chileno, uno de los 30 alumnos extranjeros del Naval Command Course. Con evidente satisfacción, me dijo:

—Chile... Un país interesante y digno de estudios... Además, mi esposa conoció una vez un marino chileno...

Intrigado con la primera parte de la respuesta le pregunté a qué se refería exactamente al expresarse en términos tan especiales de mi país.

—Bueno —contestó— Chile es un país excepcional en muchos aspectos. Se trata de un territorio increíblemente largo y angosto, muy difícil de defender ante varios vecinos con aspiraciones hegemónicas... Parece increíble que haya sido capaz de soportar tantas presiones externas sin haber sido mutilado territorialmente. Además, sus Fuerzas Armadas gozan de gran prestigio profesional y son un ejemplo casi único de respeto a la institucionalidad y prescindencia política en toda América Latina. Por todo lo anterior, “el caso chileno” se estudia en esta Academia, tanto desde el punto de vista político como del estratégico...

La conversación se reanudó el miércoles siguiente, cuando el Coronel me saludó amistosamente para decirme que le había contado a su esposa que habíamos jugado juntos. Ella no pudo recordar el nombre del marino chileno que había conocido siendo muy joven, pero aclaró que se trataba de un apellido “muy español”.

Intenté un cálculo mental de posibilidades: Había una probabilidad en diez millones que se tratara de alguna antigua amiga mía... Más que nada, por curiosidad, pregunté, con cautela:

—¿Su esposa vivió alguna vez en California?

—Ciertamente —respondió el Coronel— Mi suegro fue Capitán de Navío y a fines de la década de los años cuarenta era comandante de la Base Naval de San Pedro... A continuación sacó su billetera y me dijo:

—Le presentaré a mi familia. Tal vez pueda acompañarnos a beber algo en casa un fin de semana...

El grupo de la fotografía estaba compuesto por el matrimonio y sus cinco hijos. Observé detenidamente a la madre y esposa... ¡No cabía duda... Era ella...! En la foto-color se apreciaban sus lindos ojos verdes, pero unos pícaros kilos habían incrementado su peso, más o menos a razón de uno por año desde aquellos lejanos días en que yo era Guardiamarina.

Nada dije al Coronel sobre mi extraordinario e increíble descubrimiento. Agradecí su invitación en términos formales y nunca más lo volví a ver. Un reencuentro no tendría sentido... Preferí quedarme con el romántico recuerdo de la hermosa trigueña de ojos verdes, hija del comandante de la Base Naval de San Pedro.